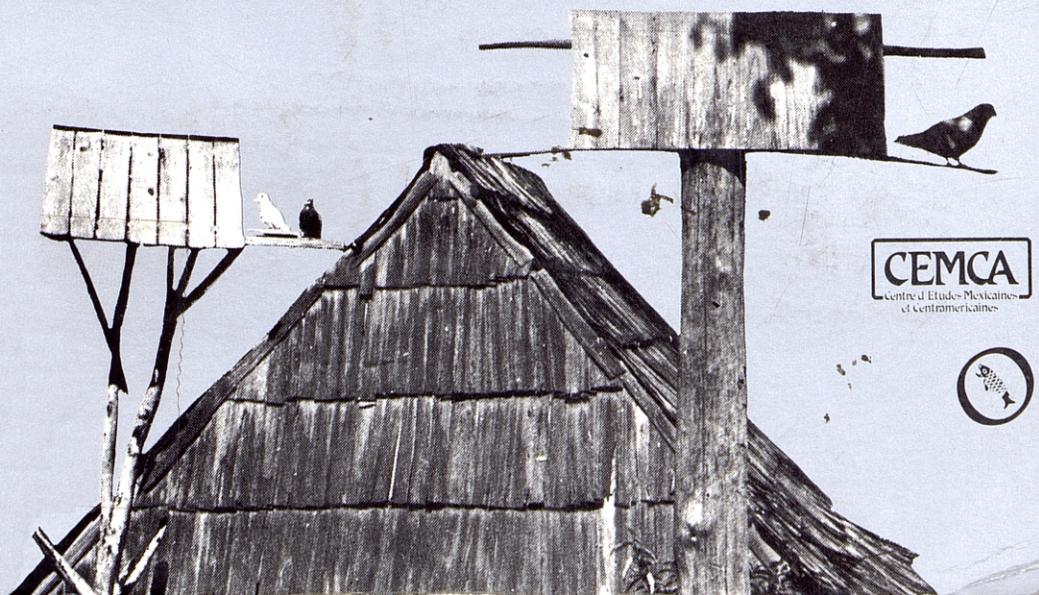




movimientos de población en el occidente de México

Thomas Calvo y Gustavo López

(Coordinadores)



CEMCA
Centre d'Etudes Mexicaines
et Centraméricaines



Movimientos de población en el occidente de México

Thomas Calvo y Gustavo López
(Coordinadores)



EL COLEGIO DE MICHOACÁN



CENTRE D'ETUDES MEXICAINES
ET CENTRAMERICAINES

INDICE

Presentación	9
Apuntes para el análisis de las migraciones en el México prehispánico.	13
Circuitos migratorios	25
Migración internacional por regiones en Michoacán	51
Análisis de las migraciones internas mexicanas a nivel regional y local. El caso de Lázaro Cárdenas	81
Algunas implicaciones de los cambios en los patrones de asentamiento indígena durante el siglo XVI: especulación aritmética e historia conjetural	103
Intercambios, movimientos de población y trabajo en la diócesis de Michoacán en el siglo XVI (un aspecto de las <i>Relaciones geográficas de 1580</i>)	123
Colonización española y despoblación de las comunidades indígenas (la catástrofe demográfica entre los indios de Michoacán en el siglo XVI, según las <i>Relaciones geográficas de las Indias 1579-1582</i>)	139
Patrones de migración en Michoacán en el siglo XVIII: datos y metodologías	169
Movimientos de población en el centro-occidente de México: Tercera sesión, Siglo XIX	207

Migraciones a Zamora en los albores de la Independencia	213
Migración al suroeste de Michoacán durante el Porfiriato: el caso de Aguililla	231
Arrieros, braceros y migrantes del oeste michoacano (1849-1911)	253
Migración y sociedad, Parral, Chihuahua, 1777, 1930	265
Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y para las que se van	281
Comunicaciones, organización del espacio y migraciones: las sierras del oeste michoacano	299
Migración, estrategias de vida y concentración del poder político en un ejido de la región zamorana en Michoacán	317
El proceso de “norteamericanización”: impacto de la migración internacional en Chavinda, Michoacán	337
De Jaripo a Stockton, California: un caso de migración en Michoacán	359

ARRIEROS, BRACEROS Y MIGRANTES DEL OESTE MICHOACANO (1849-1911)

*Alvaro Ochoa S.
El Colegio de Michoacán
Universidad Iberoamericana*

El tendido de rieles, la marcha de las máquinas locomotoras y la fuerte inversión extranjera marcaron uno de los momentos decisivos del desarrollo capitalista mexicano, dependiente como es muy sabido. Rieles, trenes y capitales desbarataron, desde luego, una tradición regional arrieril y reajustaron la economía nacional en función de las nuevas exigencias de compañías fuereñas.

Antes de que apareciera el primer ferrocarril en el oeste mexicano, la arriería michoacana encabezada por recuas de Cotija, Churintzio, Purépero, Sahuayo, Tangancícuaro, Zináparo, etc., trajinaba hacia el norte del país. No era ninguna novedad. Desde el siglo XVIII nos enteramos que en Tangancícuaro, por ejemplo, había:

Setenta vecinos españoles, cuyo principal giro es el de la arriería y el de conducir a Chihuahua y otros parajes de Tierra Dentro, azúcar, colambres, zapatos, sillas, frenos y otros efectos... Se cuentan dentro del pueblo más de 80 hatajos de mulas que incesantemente andan viajando; y, por consiguiente, este ramo de negociación proporciona a los vecinos españoles, como dueños, y a los indios y castas, por la segura ocupación, decente y nada acongojada subsistencia.¹

Noticias de 1849 insisten:

Desde el siglo pasado iban ya y van a Durango y otras provincias más lejanas muchos arrieros de Zamora, Purépero y otros lugares de Michoacán con cargamentos de arroz, garbanzo, cascalote, dulce, bateas, zapatones y otros artículos, sacando de retorno sebo, lana, pieles, mulas, caballos, greta y otros efectos, y ese comercio que importa muchos miles de pesos ha aumentado en el presente siglo y honra a la industria y al genio de los michoacanos, que han

contribuido aún con sus personas, como colonos, al desarrollo de los dilatados y bellos países (provincias) que entre nosotros se llaman Tierra Adentro.

No sin reparar en el detalle de la colonización que implicaba temporal o definitiva residencia en varios casos, la misma fuente agrega otros rumbos y otros retornos:

Por último, de ocho años a esta parte se ha visto atravesar por tierra, desde Cotija y otros pueblos de los confines occidentales del estado, a muchos michoacanos, llamados en él cotijeños, a cargar allí [suponemos que en Tabasco] un número crecido de mulas de cacao. En este año [de 1849] han sacado más de 1 300; y otros han traído su carga por mar a Veracruz.²

No sólo penetraron por tierra a Tabasco “sin más senda que allá los condujera, ni más norte ni guía, que la dirección del punto”, sino que siguieron más al sureste, a Chiapas y Guatemala “donde los dueños de recuas realizan mulas y gran número de caballos al efecto para comprar cacao y tabaco que conducen por agua a Veracruz”; otros, los más aventados, “hacen sus viajes directos desde algún puerto de Guatemala al Manzanillo”.³ Claro, la navegación en el Pacífico, a pesar de sus grandes limitaciones y riesgos, funcionaba. El puerto de Manzanillo para los arrieros del poniente michoacano era un punto obligado e importante de intercambio con la sierra-costa y con el exterior. Con tales antecedentes y gracias a estos contactos saldría la primera tanda de migrantes.

Primera tanda de migrantes

Para 1872, antes de la gran crisis norteamericana de 1873, Crescencio García, un vecino de Cotija, ya hablaba de idos al “norte”; mientras el gobierno mexicano —por otro lado, y por el rumbo del Atlántico— procuraba la entrada de extranjeros, “de hombres industriosos y emprendedores” para colonizar nuestras tierras.

La salida de compatriotas —la fuga de trabajadores— seguramente empezó a raíz de la fiebre del oro californiano. A California, que en 1845 no alcanzaba ni 10 000 habitantes su población, arribaron gentes “de todas partes del mundo”.⁴

Lo mismo los que doblaban el Cabo de Hornos que los que atravesaban el Istmo de Panamá; lo mismo los que saltaban sobre las Montañas Rocallosas que los que se aventuraban en los inmensos llanos del *farwest*... Instalándose los buscadores a la orilla de un arroyo, sin más útiles que una barreta, una criba y la batea mexicana para lavar el oro...⁵

De tal manera que en 1850 eran ya 92 597 habitantes; diez años después 379 994; en 1870 pasaban del medio millón.⁶ Por supuesto que no faltaron trajinantes michoacanos allí. La mentada fiebre les pegó a algunos en Manzanillo, escala de aventureros y buscadores del metal aludido. Aquí aparecen nuevamente los cotijeños; los más, arrieros y no pocos, propietarios de predios rústicos que se extienden hasta Jalisco y Colima, “en una área de más de 40 leguas cuadradas, cuyos terrenos [son] más a propósito para criaderos que para siembras”. La situación geográfica de Cotija, ubicado en un rincón remoto de la sierra, entre “dilatados y espesos bosques y un lago de más de siete leguas al oriente”, lleva uno a preguntarse qué objeto condujo a los fundadores hasta este lugar apartado.

Hay claras evidencias sefarditas entre las primeras familias cuyos apellidos —Valencia, Pulido, Méndez— y nombres —Jacobo, Isaac, Abraham, Esther, Martha— suenan a conversos en búsqueda de un refugio. Crescencio García supone que esos grupos familiares “ávidos de oro y de mejores posesiones de tierras avanzaron hacia estas regiones, en donde les indicaban los indios se recogía el *tiripí* (oro)”...⁷ cerca de la hondonada de Jilotlán y de Santa María del Oro. ¿Qué de raro tenía entonces la aventura californiana?

No intentaremos una caracterización del arriero; bien hecha ya por José María Rivera en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, bosquejada por Salvador Ortiz Vidales en *La arriería en México*, y abordada por Gerardo Sánchez en sus “Mulas y hatajos en el Michoacán del siglo XIX”.⁸ En general un rasgo sobresaliente, debido a la vida tan atareada y variada que llevaba, era “una agudeza mayor” que la del resto de sus paisanos y el gran conocimiento que tenía de hombres y lugares. Por supuesto que no escapaba a la división del trabajo, a una aparejada distinción social y económica: el empresario arriero, generalmente un gran comerciante; el rancharo arriero con su propia recua; el arriero propiamente dicho al servicio de éstos y, por último, el mozo o ayudante. Así es como partieron cotijeños a Norteamérica; “y habiendo

estado en la Alta California un poco de tiempo [¿días, meses, años?] [entre “americanos, franceses, rusos y alemanes”] se enseñaron a vestir [de otro modo, aparte de la camisa y calzón de manta] y aprendieron alguna industria, con que después han vivido aquí [en Cotija] decente e independientemente”.⁹

La mentada crisis de 1873 en Estados Unidos devolvió a gran cantidad de mexicanos que estaban allende la frontera. Ya aquende, con lo que trajeron, algunos cambiaron de *status* al salir “de la baja esfera de domésticos”.¹⁰ En cuanto a la crisis, a la depresión del 73, las líneas ferroviarias del centro al oeste movilizaron y sacaron a flote la economía norteamericana. Además la construcción del Ferrocarril Central Mexicano en los 80 “restableció la confianza entre los inversionistas extranjeros, que comenzaron luego a dirigir sus miradas hacia México”;¹¹ conectado a la red férrea de Estados Unidos (al Atchison, Topeka y Santa Fe, al Lake Shore y Michigan Southern, y al New York Central y Hudson River), despertó una especie de “fiebre ferroviaria” en la República mexicana, que provocaría otra oleada al “norte”, la segunda tanda.

Segunda tanda

Napoleón Guzmán en *Michoacán y la inversión extranjera (1880-1911)* destaca muy bien el impacto que produjo en la entidad la entrada del ferrocarril con todas sus intenciones de explotación industrial a bordo.¹² Desde finales del siglo pasado, alrededor de los 80, la compañía del Central Mexicano comenzaba a echar durmientes y rieles de la vía Irapuato-Guadalajara (tentativamente hasta el puerto de San Blas o al de Manzanillo).¹³ Un publicista, agente de viajes y corredor de bienes raíces, bajo el dictado del poderoso consorcio ferrocarrilero escribió: “Bastará ver entre cuántas ciudades que hace sólo cinco o seis años se hacía aún el viaje por medio de las molestas y polvosas diligencias y se transportaba la carga en burros o carretas de bueyes, corre hoy la locomotora arrastrando una larga y pesada cola de vagones”... Es más, “no sólo las gentes acaudaladas y de reconocido espíritu emprendedor se han puesto en movimiento, también los propietarios en pequeña escala, olvidando sus antiguas costumbres de vida, se han animado con la velocidad del caballo de hierro y ya los encontramos en todas partes moviéndose también con alguna actividad, deseosos de mejorar su condición. Aun las más inferiores clases de nuestra sociedad parece que

comienzan a salir del desconsolador letargo en que por tan largos años han vivido sumergidas”.¹⁴

Vistas las cosas desde los vagones o desde Nueva York sí marcharían a toda máquina “esos agentes del progreso y de la civilización moderna”. Mas para el caso michoacano, sobre todo para los que no estaban ligados a intereses extranjeros, no resultaba así. La compañía de Santiago Slade absorbía bosques e industrias en el corazón del estado en detrimento de los multiseculares comuneros que veían desaparecer o agotar sus recursos naturales. Los trajineros y pequeños comerciantes también fueron reducidos a la nada por las vías férreas de “El Nacional de México” y el “Michoacán y Pacífico”. Situación que comenzó a notarse más desde 1883, cuando “sobrevino un decaimiento general en los asuntos comerciales, la falta de transacciones y la ruina de todos los que negociaban al por menor”...¹⁵ En Zináparo —lo mismo valdría para Purépero y cercanías— la arriería, “un ramo de especulación muy productivo”, iba de bajada a consecuencia “del establecimiento de vías férreas”, informaba el presidente municipal al gobierno de Michoacán en 1883.¹⁶ A los arrieros literal y prácticamente se los llevó el tren.

Con todo, los cotijenses continuaron sus viajes a Tabasco, Chiapas y Centroamérica —a donde no llegaba aún el ferrocarril. A los que se “empezaron a quedar sin chamba —dice un descendiente de arrieros— no les quedó otro camino que vender sus mulas para dedicarse a otras actividades. Muchos enfilaron para la Tierra Caliente [michoacana] a meterse de ganaderos y comerciantes”,¹⁷ de tal manera que cuando de la ruta Irapuato-Guadalajara se desprendió el ramal Yurécuaro-Zamora en 1899, y la prolongación a Los Reyes al año siguiente, estos empresarios rurales se encontraban bien plantados por el rumbo de Coalcomán.

Por otro lado, si bien hay referencias esporádicas a vecinos michoacanos en Paso del Norte a principios de 1900, no deja de llamar la atención en 1897 la noticia oficial que corrió acerca de “una colonia de mexicanos repatriados en terrenos de Purépero”,¹⁸ un lugar en donde la industria “está muy limitada y los productos de agricultura son muy inferiores” a causa de la mala calidad de las tierras y de la falta de agua para riegos.¹⁹ He aquí un detalle de lo último. En 1903 el presidente municipal informó: “No se notó ningún cambio favorable (en el comercio), antes bien decrecimiento debido sin duda al alza constante que han sufrido los artículos de principal consumo y a la escasez de elementos propios del municipio... La clase proletaria se ve precisada a salir a diversos puntos para proporcionarse los medios de subsistencia”. Advirtió que la industria lugareña, aparejada al trajinar de arrieros,

mostraba también señales de abatimiento. La agricultura tenía sus altibajos; a partir del temporal de ese año los rancheros empezaron a fomentar el cultivo de la haba en terrenos antes destinados a pastizal.²⁰

Pero llegó la crisis. La baja del precio de la plata y del peso mexicano en 1905 afectó “la estabilidad interna y externa de la economía (nacional) y los niveles de vida”. No sorprendió entonces que en Purépero se hablara de “bastante decadencia” comercial a consecuencia del “alza del precio que sufrió el maíz [de un promedio de 2.50 pesos el hectólitro en 1903 a 5.00 pesos] y de la escasez de trabajos”.²¹ La desbandada de braceros en el campo noroccidental michoacano —ya a los enganches de las fincas de Oaxaca y Campeche para los más pobres, ya al “norte” para los que tenían con qué— no se hizo esperar. Esta, en relación a Purépero, se percibe claramente en la noticia de 1906:

Se dijo [en abril] que [el comercio] se encontraba bastante decaído a consecuencia de la numerosa emigración de varones a los Estados Unidos de América en busca de trabajo y como aquélla ha venido en aumento, sigue la decadencia en el comercio aunque con algunas excepciones sin embargo de las considerables sumas que de dinero ingresan mensualmente por medio de giros internacionales, por lo que se cree que las mujeres o familias de los emigrados al “norte” están haciendo algunos ahorros, porque si bien es cierto que el comercio se encuentra en el estado que queda dicho, también lo es que no se nota miseria en la clase proletaria.²²

En los censos electorales de Atacheo, municipio de Zamora, por ejemplo, no se notan arrieros a partir de 1904, ni zapateros desde el año anterior; habían borrado al herrero en 1901; el curtidor ya no figuró después de 1908. En cambio se mantuvo el promedio de cinco comerciantes entre 1899 y 1911 (excepto siete en 1899 y seis en 1908).²³ Por rastros encontrados entre 1907-1911 en el archivo de la entonces vicaría atachense, sabemos gracias a los libros de información matrimonial que anduvieron 26 feligreses lejos del terruño: 16 indistintamente en California, Colorado, Iowa, Kansas, Nuevo México, Oklahoma y Texas por temporadas de tres a ocho meses; tres en Tabasco, uno que de ahí se marchó al “norte” y seis en “vaguedad” no precisada.²⁴ Rumbos que también caminaron muchos parroquianos de Purépero.²⁵ Ya en 1907 era común saber qué habitantes de los pueblos, ex arrieros de Purépero, Tlazazalca, Chilchota y Tangancícuaro, del distrito zamorano,

emigraban a Estados Unidos. Iban sobre todo a Texas, Arizona y California a “camellar” en el “traque”.

Yo el traque me suponía
que sería algún almacén
y era componer la vía
por donde camina el tren.

A pesar de las circulares que el gobierno michoacano enviara a los prefectos de distrito para que éstos desalentaran la salida de braceros (“en aquella tierra extranjera reciben mal trato —se les decía— no se les hace la debida remuneración de los servicios que prestan”), la corriente migratoria aumenta “de tal manera que hay poblaciones como Purépero que se quedan casi sin hombres trabajadores —escribe el prefecto de Zamora— y varias haciendas y ranchos son abandonados a causa de la emigración, con perjuicio indudablemente de la agricultura local”. Tal es la queja, por el abandono, de un hacendado en mayo de 1907:

Estamos tan escasos de brazos que en la estación de siembra de maíz pasado no se abrió una raya para sembrarla de maíz y en esta estación sucederá lo mismo; pues con el pretexto del “norte” que se van a serse (*sic*) ricos nos hemos quedado sin gente... Nunca se había visto que para trabajos de campo se fueran a traer peones a Zamora...²⁶

La atracción del “norte” se explica en parte; ya que no era lo mismo “el pobre jornal mexicano que no excede ni baja de 50 y 37 centavos diarios, mientras allá ganan de 2.50 a 4.00 pesos”.

No crean que soy pretencioso
ni tampoco fanfarrón,
de trabajar muy barato,
me duele mucho el pulmón.

De ahí que los braceros se vayan; “busquen trabajos más lucrativos; imiten costumbres del “norte”; vistan como los obreros de aquella nación; y puedan por último hacer remesas de consideración a sus familias para la subsistencia”. No está por demás presentar a la carrera a 23 braceros que regresaron por tren a Zamora el 29 de noviembre de 1907, quienes más o menos habían permanecido ocho meses en Estados Unidos; éstos remitieron a sus familias 2 545.00 pesos, hicieron sus gastos

de asistencia y de viaje, y volvían trayendo 2 716.45 pesos, cantidades que hacen un total de 5 261.45 pesos, o sea 224.41 pesos en promedio para cada familia, “por más que algunos individuos regresan limitados de sus gastos pero han hecho remesas a sus casas”. Otro asunto no muy ajeno era el de las armas.²⁷

En ese mismo año 1907, la oficina de correos de Purépero —que apenas se había establecido el año anterior— llegó a recibir de 25 a 30 000 pesos mensuales en giros. Gran parte de ese dinero servía a los beneficiarios para comprar tierras —aunque “con dificultad y a precios subidos”— para arreglar la vivienda o adquirir casas, amén de otros usos.

Sin duda tal emigración aportaba bienes económicos y ciertos beneficios “a la educación de esos lugares”, pero también dos males: 1) facilitaba la impunidad de asesinos, ladrones y “toda clase de individuos que huyen [de la justicia]”, también alentaba y estimulaba “a los hombres perversos”; y 2) volvía a los braceros “gente que viene con aliento de orgullo, menosprecia al paisano, traba por cualquier motivo riñas callejeras y produce grandes escándalos, desconociendo muchas veces hasta el principio de autoridad”.²⁸

Pese a la nueva crisis norteamericana de 1907-1908, y mientras los cónsules mexicanos de San Francisco, Los Angeles, Tucson y El Paso no hallan cómo repatriar a miles de compatriotas, el flujo migratorio no para. “Sigue llegando gente de Michoacán y Guanajuato. Convendría evitar embarque de migrantes estaciones desde Silao Celaya...”, comunicaba el atareado cónsul mexicano en El Paso al secretario de Gobernación en enero de 1908. La causa de tanta gente camino al “norte” seguía siendo “la pequeñez de los jornales que se pagan en sus pueblos natales”, y las “narraciones floridas de algunos que han regresado a esos pueblos, llevando algunas cantidades de dinero, cuyo monto exageran considerablemente”.

... tanto que cuentan de por allá
de que hay las pilas de pesos fuertes
y más grandotes que por acá.

Por otra parte, las empresas ferrocarrileras norteamericanas coludidas con los industriales y agricultores de ese país no facilitaban —como lo estaban haciendo hasta principios de 1908— el regreso de los braceros mexicanos, “por tener necesidad de esos brazos para sus negocios, por ser el trabajo de los mexicanos más barato que cualquier otro y los braceros más humildes y menos exigentes que otros”.²⁹ Solteros,

casados, y más rendidores, agregaríamos. Había muchos michoacanos en “campos ambulantes” de Arizona, California y otros estados de la Unión. ¿Cuántos braceros? No se podía precisar. Empleados por las compañías ferrocarrileras en la construcción de vías, “siempre pasan de un estado a otro”, inclusive alternando con actividades agrícolas. Algunos duraban hasta dos años corridos en esos menesteres.³⁰

Para abril de 1910 habían traspasado la frontera por Guadalupe Bravo, Chihuahua, 2 287 mexicanos, 725 de ellos michoacanos; en mayo, por la misma puerta, 500, de los cuales 62 eran jaliscienses, 164 guanajuas, 179 michoacanenses y 95 de otras entidades.³¹ En mayo de 1910 —antes de que la Revolución aventara más mexicanos a “Gringolandia”, el periódico oficial del estado informaba que del millar y cuarto de braceros registrados en tránsito a Estados Unidos, 405 enseñaban el sello *made in Michoacán*; quiere decir un 32%, una tercera parte.³²

De nada servían reuniones convencedoras en las presidencias municipales ni prédicas en los templos para desanimar las salidas de braceros, como en el caso de Purépero: “Todo ha sido infructuoso porque la gente que ha estado yendo y viniendo trae noticias alagadoras, lo mismo que sus boletos de vuelta para aquellos rumbos; traen también recomendaciones de los mayordomos de los campos americanos para llevar más gente”...³³ Además, los hacendados michoacanos, en general, no mejoran “la condición del jornal, estableciendo la competencia relativa”.

Otra gran tanda

La número tres, se deberá a la “revolufia”, asunto del que no se dirá mucho en este escrito. Salvo que la prefectura zamorana —debido al rumor de que estallarían en varias partes del país el movimiento de Madero— encargaba al presidente de Purépero, en noviembre de 1910, que tuviera mucho cuidado con los “norteños” que por ese mes regresaban a los matris lares, cargados además de fuscas, de armas. En mayo de 1911 se lanzan gritos y se tiran los primeros balazos en Michoacán en medio de una mediana fiebre revolucionaria. En ella tomarían parte rancheros, ex arrieros y braceros de la región noroeste.

En suma, la calentura del oro californiano, la fiebre ferroviaria y el desajuste interno de México tuvieron mucho que ver en la vieja migra del noroeste michoacano. La Revolución, como queda dicho, haría otro tanto. Tales son los antecedentes de las tandas posteriores ya más estudiadas, abordadas hoy en día inter y multidisciplinariamente.

NOTAS

1. Archivo General de la Nación (AGN), *Historia*, T. 73, F. 190.
2. Ignacio Piquero, "Apuntes para la corografía y estadística del estado de Michoacán", *Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, México, 1849, pp. 88-89.
3. *Ibid.*; Crescencio García, "Noticias Históricas, Geográficas y Estadísticas del Distrito de Jiquilpan", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1873, T. I; Ramón Sánchez, *Bosquejo Histórico y Estadístico del Distrito de Jiquilpan*, Morelia, 1896.
4. Victoriano Salado Alvarez, *Cómo perdimos California y salvamos Tehuantepec*, México, 1968, p. 9.
5. Guillermo Prieto, *Viaje a los Estados Unidos*, México, 1877, T. I, p. 262.
6. Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *The Growth of the American Nation*, Oxford University Press, 1942, T. II, pp. 734-735.
7. García, *op. cit.* En los libros de confirmaciones 1829, 1830, que sobrevivieron a la quema del archivo parroquial de Cotija quedan algunos rastros de las evidencias mencionadas.
8. Gerardo Sánchez, "Mulas, hatajos y arrieros", *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, Vol. 5, no. 17.
9. Crescencio García, "Producciones utilísimas en los confines de los estados de Michoacán y Jalisco...", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 1872, T. IV, p. 557.
10. *Ibid.*
11. Adalberto de Cardona, *De México a Chicago y Nueva York*, 1893, p. 7.
12. Napoleón Guzmán, *Michoacán y la inversión extranjera*, Morelia, 1984.
13. Cardona, *op. cit.*
14. *Ibid.*
15. Guzmán, *op. cit.*; Luis G. Villascñor, "El distrito de Zinapécuaro. Estudio geográfico-estadístico", *Boletín de la Sociedad Michoacana de Geografía y Estadística*, Morelia, 15 de abril de 1908, T. IV, no. 7.
16. *Memoria de Gobierno del estado de Michoacán*, Morelia, 1883, p. 160.
17. G. Sánchez, *op. cit.*
18. *La libertad*, Morelia, 3 de septiembre de 1897, citado en *Apuntes biográficos del Sr. Aristeo Mercado*, Morelia, 1897, p. 36.
19. Archivo Municipal de Zamora (AMZ), *Fomento*, 1903, Exp. 20.
20. AMZ, *Gobernación*, 1903, Exp. 28.
21. AMZ, *Fomento*, 1905, Exp. 2. Los jornales eran de 25 centavos diarios desde hacía 20 años, en 1906 subieron a 37 centavos.
22. AMZ, *Fomento*, 1906, Exp. 7.
23. AMZ, *Gobernación*, paquetes electorales, Zamora (1899-1911).
24. Archivo Parroquial de Atacheo, *Información matrimonial*, 1907-1911.
25. Archivo Parroquial de Purépero (APP), *Información matrimonial*, 1903-1908.
26. AMZ, *Gobernación*, 1907, Exp. 65, 221; la queja en Exp. 129.
27. *Ibid.*, Exp. 221. Véase también cuadro anexo.
28. *Ibid.*
29. AGN, *Gobernación*, primera 907-908 (1) [52]; primera 908-909 (4).
30. *Ibid.*; APP, *Información matrimonial*, 1907-1909.
31. AMZ, *Gobernación*, 1910, Exp. 72.
32. *Periódico oficial del estado de Michoacán*, Morelia, 16 de junio de 1910, p. 6.
33. AMZ, *Gobernación*, 1910, Exp. 72.

CUADRO QUE MANIFIESTA LOS NOMBRES DE LOS INDIVIDUOS QUE REGRESARON DE LOS ESTADOS UNIDOS [A ZAMORA] POR EL TREN DEL DIA 29 DE NOVIEMBRE DE 1907

Número progresivo	Nombres y apellidos	Origen	Tiempo que permanecieron en meses	Cantidad de dinero que mandaron a sus familias en pesos	Dinero en efectivo que traen en pesos	Armas que portan
1	José Guadalupe Rodríguez	Puentecillas	9	100	200	
2	Estanislao Cervantes	Etúcuaro	9	80		
3	J. Guadalupe Rocha	Puentecillas	8	50	200	
4	Daniel Silva	Chilchota	11			1 pistola cinco tiros, cal. 38 Smith
5	Serafín Silva	Chilchota	11	220	110	1 pistola Johnson
6	Francisco Rocha	Puentecillas	8	80	280	
7	Ramón Aparicio	Chilchota	10	300	25	1 pistola cinco tiros, cal. 38 Smith
8	Pedro Sarco	Chilchota	8	100	13	
9	Marcelino Barrón	Tangancicuaro	8	160	142	
10	Isidro Huirache	Chilchota	8	100	5	
11	J. Jesús Cárdenas	V. de Gpc.	9	105	120	
12	Pelagio Navarrete	V. de Gpc	8	100	250	1 pistola cinco tiros, cal. 38 Smith
13	Luis Navarrete	V. de Gpc	8	165	200	
14	J. Trinidad Huirache	Chilchota	8	90	25	
15	Gabriel Rocha	Puentecillas	8	20	240	
16	Juan Vázquez	San Antonio	7	100	160	
17	Martín García	V. de Gpc.	8	260	100	
18	Fidel Navarrete	V. de Gpc	8	120	180	
19	Rafael Rocha	Puentecillas	8		260	
20	Santiago Belmontes	V. de Gpc.	9	50	150	1 pistola Colt, seis tiros, negra
21	José Ramírez	Tierras Blancas	8	80	2.45	1 pistola Smith y Wilson, cal. 32
22	Primitivo Rodríguez	Chilchota	8	95	25	
23	José Pérez	Puentecillas	8	110	29	
	SUMA			2 545	2 716.45	